

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

RECUERDO LOS CANTOS DE MALDOROR

LAUTREAMONT entró en nuestra vida, hablo de los que decidimos dedicarnos a la literatura en 1920, después de la primera guerra. Entra por una puerta estrecha, por la puerta de su pequeño libro, cuyo único ejemplar, llegado a Guatemala hacia 1919-20, nos arrebatábamos de las manos. ¿Qué mensaje traía? ¿Qué fue para los entonces veinteañeros lectores ya "infectados" de Verlaine, Baudelaire y Rimbaud, aquel pedazo de infierno que se nos ponía en las manos? Desde luego fue un mensaje de rebelión total. No lo leíamos, lo gritábamos, hubiéramos querido convertirlo en látigo para sacarnos nosotros mismos del templo de la rutina y el ripo de los modernistas, de nuestros modernistas. Lo gritábamos y nos ensordecía el pavoroso y desolado universo que surgía de sus palabras, universo sin límites, sin comienzo ni fin, en el engranaje de las eternidades. El hombre, la bestia humana, alzándose desde sus estercoleros contra Dios mismo, levantando sus puños cerrados contra el cielo, mordiendo las entrañas y lamentándose, como un profeta joven, un terrible profeta, de todo cuanto a su oído dijo, no el misterio, sino el absurdo de su soledad y su abandono.

Un poco de historia. Hacia 1880 un impresor belga vende a precio de liquidación y casi de papel, un librito titulado "Cantos de Maldoror". A partir de entonces, el enigma subraya la existencia de una nueva fórmula de rebeldía, coraje, desesperación, miedo y rabia, todo envuelto en un lenguaje cabalístico, lleno de sonoridades incandescente y de lamentaciones. ¿Quién es el autor? Un ilustre desconocido, no catalogado entre las bestias sagradas ni en las nóminas de las academias. El autor, que se ha firmado Lautreamont, es el hijo de un tal señor Ducasse, François Ducasse, que trabaja en el consulado de Francia, en Montevideo. En febrero de 1846, aquél contrae matrimonio con Celestina Jacqueline Davezac, y el 4 de abril de 1847, a las nueve de la mañana, nace el que iba a trazar el nuevo Apocalipsis. En noviembre de ese año lo bautizan con el nombre de Isidoro, y dos años después muere su progenitora.

En Montevideo, la vida del pequeño Isidoro es

He aquí una grata sorpresa para nuestros lectores: LA VANGUARDIA añade desde hoy a su cuadro de colaboradores una firma excepcional, la de Miguel Angel Asturias, Premio Nobel de Literatura, cuya pluma y cuyo talento creador han hecho de él una alta cima de la literatura en lengua castellana. Su personalidad no requiere más amplias glosas. Baste decir que el gran escritor sigue siendo, sobre todo, un sagaz y profundo testigo de nuestro tiempo. La gloria no es para él lejanía ni indiferencia.

turbada por el contraste entre sus posibilidades, no carecía de dinero para figurar en sociedad, y su origen en lo que tocaba a su madre, que en verdad había llegado como sirvienta a la casa de su padre. ¿Influye esto en su inclinación a la soledad, a vivir lejos de los demás y convertirse en un joven retraído? Pocas noticias. A los trece años deja Montevideo y se traslada a Francia, a seguir sus estudios en el Liceo de Tarbes, de donde es originario su padre y donde conoce al resto de su familia. Más tarde le encontramos en el Liceo de Pau. Hay de esta época amores dudosos entre escolares. No termina el bachillerato, vuelve a Montevideo en 1867, más que todo para arrancarle a su padre el permiso de trasladarse a París, donde lo hallamos dedicado a la literatura, a la poesía, entre estudios, bibliotecas, y corros de poetas de su edad. Vivía en una calle próxima a los grandes bulevares. Y es ahí donde empieza su imaginación a crear el canto de un personaje que llama "Maldoror". Compone seis cantos y los publica en 1869. No circulan casi. Los impresores temen a la censura. Es el final del Segundo Imperio. Después de la guerra de 1870, Ducasse muere abandonado, poca comida y mucho frío, el 24 de noviembre de 1870.

Esta es su historia que puede leerse en cualquier manual literario y ahora la de nosotros. A los que empezábamos a escribir en 1920, los "Cantos de Maldoror" nos estrujaron el alma, nos trastornaron sentimientos y conceptos. Surgía a nuestros oídos,

acostumbrados a la ópera, al himno, a la oda, la voz del absoluto rebelde, del ángel que rompe sus cadenas, del que se arranca las entrañas para dar en un mundo de falsía, la verdadera imagen del mal, imagen que él arrancó de su soledad de hombre perseguido, incomprendido, providente y lúcido. El poema no era por lo tanto el rimadito canto de los poetas conformistas. Un poema como éste, golpeaba, brutalizaba, derribaba mundos, abría compuertas a la rabia contenida de una juventud engañada que no quería que se la engañara más. Imitarlo, imposible. Seguirlo menos. Lo que cabía era untarse este sufrimiento humano, excesivamente humano como pedía Nietzsche, para endurecerse la epidermis, enfermizar todavía de romanticismo y modernismo. Romper, acabar con los lazos del pasado cercano, de los poetas rimadores, y empezar a buscar la poesía del grito rebelde, del aullido, de la protesta, de los que no ocultarían más las lacras sociales. Ninguna contemplación. Pero la poesía no bastaba, y fue entonces cuando se saltó a la novela. Hay un fogarón ducassiano en las páginas de las novelas que se escriben después de 1920.

Los "Cantos de Maldoror" se desdoblaron en columnas, en legiones de palabras de protesta, de denuncia y de testimonio. No literatura para nada. Literatura para algo más que escribir por escribir, para denunciar las dictaduras hispanoamericanas, la explotación de los peones, miserable en "tierras opulentas", el entreguismo al capital extranjero, la condición del indio, cada vez más esclavo. Todo este mundo de protesta estaba en nuestros pechos, y afloró, cuando nos pusimos en contacto con la vida, golpeados por el rayo maldororiano que nos alumbró y deslumbró. Lautreamont nos revelaba el nuevo valor de las palabras. El sagrado fuego que la palabra encierra, fuego que hace arder capitolios. Y por eso, ahora, en este año del centenario de su muerte, le recordamos.

Miguel Angel ASTURIAS

(Premio Nobel)

Palma de Mallorca, septiembre de 1970.

LAS AFUERAS DEL ULTRADESARROLLO LOS GRANDES CEMENTERIOS BAJO EL SOL

AL parecer, una institución norteamericana está construyendo, o ha construido ya, un amplio «complejo residencial» cerca de Alicante —creo que en Torre Vieja— con la intención de dedicarlo a refugio de jubilados. Lo lei, días atrás, en un periódico de Valencia. Una cierta cantidad de ancianitos norteamericanos tendrán en este amable rincón del Mediterráneo un lugar cómodo, casi feliz, para sus últimos años de vida: sol sin tasa, calma y buenos alimentos. Tal vez les moleste un poco el reverbero de las salinas próximas, o el ñigo-ñigo de las habaneras —habaneras, ¡ay!— que con tanta afición canturrean los indígenas de aquel rodal. Pero, en definitiva, las ventajas resultan evidentes. Así lo habrán advertido los promotores de la iniciativa a que me refiero: precio barato, clima apacible y servicio atento son factores que la «seguridad social», o la beneficencia, de Nueva York o de Chicago deben de haber apreciado con alegre astucia. Lo que ignora es si dicha operación inmobiliaria incluye el cementerio adjunto. Porque, naturalmente, los trabajadores retirados que irán a Torre Vieja no cruzarán el Atlántico para pasar un par de semanas, un mes, un trimestre de descanso. En realidad el descanso que se les ofrece es indefinido. Y, para decirlo todo, también el «descanso eterno». Los fatigados viejos esclavo-sajones morirán en Torre Vieja, y allí recibirán una sepultura más o menos cristiana, según su humor o su confesión. Lo del entierro constituye una hipótesis bastante lógica. Cuesta suponer la bondadosa gerontofilia «made in USA» llegue al extremo de sufragar un transporte demasiado asiduo de cadáveres a la metrópoli...

Puede que me esté excediendo en la suspicacia, y que lo de Torre Vieja no sea exactamente como digo. Pero la «situación» apuntada no es ninguna fantasía. He oído rumores de que en Canarias existen ya algunas «colonias seniles» con gentes venidas de Suecia. Y lo que ocurre en el Rosellón queda fuera de toda duda: unas cuantas compañías belgas y francesas van comprando terrenos y construyendo edificios destinados a guarecer la decrepitud del proletariado neocapitalista. Se cuenta que los obreros escandinavos, cuando contratan su trabajo con una empresa importante, fijan no sólo las condiciones de salario y de vacación, sino también las

de una perspectiva final, de cese inflexible por razones de edad o de mala salud o de accidente. Quizá no se trate de «obreritos», y que más bien éstas afectuosas clemencias correspondan a lo que los franceses llaman «cadres»: ingenieros, gerentes, asesores de cualquier laya, técnicos de confianza. No importa. El caso es que, tal como van los negocios del mundo «superdesarrollado», anualmente descenderán a nuestras playas unos contingentes de clientela muy especiales. Y cuando escribo «nuestras», aquí, pienso en todo un ámbito bien definido: orillas de mar con temperaturas dóciles y con tarifas moderadas, sea el Rosellón o las Canarias —o Torre Vieja—, pero también un pedazo meridional de costa italiana, o tremendos espacios del África del Norte. De momento, el territorio de los moros todavía no ofrece muchas garantías. Todo se andará. En definitiva, serán siempre territorios «subdesarrollados». O con «desarrollo» módico. Cuestión de «economía».

Bien mirado, nos hallamos ante la fórmula renovada del «asilo». «Asilo», «hospital», «hospicio», son palabras con una enérgica carga de pesimismo social, que arranca, cuando menos, de la Edad Media. Hasta hace poco, estas instituciones se basaban en la venerable idea de la caridad. Ahora la caridad va de baja: más de baja cuanto más «desarrollado» sea el país en que se piense. En parte, gracias a las reivindicaciones de clase, y en parte por una hábil táctica del «sistema», se ha logrado desplazar la «caridad» para sustituirla por unos «derechos» burocráticamente estipulados: seguros y montepíos forzosos, con apoyos del Estado o con ayudas patronales. El tenebroso «asilo» del paleocapitalismo se convierte en una «residencia» relativamente higiénica y con vistas al mar. Si hay suerte, con vistas al mar. Hoy por hoy, esta suerte sólo afecta a suecos, belgas o norteamericanos. Sus «asilos» con camareras en vez de monjas, y erigidos por arquitectos funcionalistas, parecen «hoteles». Prácticamente, son hoteles gratuitos y vitalicios, donde el material humano superfluo encuentra la oportunidad de agotarse —de morir— con una placidez envidiable. En las zonas de «superindustrialización» galopante, la familia ha dejado de ser lo que secularmente fue: un clan unido, con domicilio aglutinador, respetuoso en sus vínculos,

montado sobre el concepto del «afecto». Las rutinas actuales no toleran este planteamiento. Ni lo toleran las dimensiones del piso de cada cual. Los muchachos se emancipan más pronto, y ya se las arreglan por su cuenta. Los ancianos...

Los ancianos son unos trastos molestos, que piden atención, sacrificio y paciencia de los jóvenes «sumisos». Así fue siempre. Descartada la «sumisión», ¿qué hacer con ellos? ¿el «asilo»? Los jóvenes no quieren soportar el peso del padre o del abuelo chocheante y enfermo: alguien se ha de ocupar de esta humanidad deteriorada. Los «asilos» asépticos y playeros constituyen un interesante esbozo de solución. Ya no estamos en el plano de la limosna, desde luego. Pero continúa en pie la necesidad de los cuidados puntuales, a veces desagradables, finalmente téticos. Las «sociedades opulentas» están buscando la manera de arreglarlo. Y lo hacen valiéndose de las «sociedades no opulentas», que, por una extraña chamba histórico-geográfica, coinciden con los litorales «bon marché» y de dorada meteorología. Son, por descontento, los mismos litorales del turismo mesocrático y regateador... Los que vivimos en estas áreas o en sus aldeaños habríamos de alarmarnos ante una tal «amenaza». Bien está que nos resignemos a ejercer el oficio de cocinero, de camarero, de barman, de donjuán a destajo, de arrendador de apartamentos. De algún modo hay que ganarse el cocido. Pero lo otro... Lo que nos están proponiendo, lo que nos propondrán mañana sin el menor empacho, es que nos encargemos de «los grandes cementerios bajo el sol» y de sus trámites preparatorios. Tampoco es para avergonzarse de ello, claro está: a falta de pan, buenas son tortas. De todos modos, ¿no podrían arreglarse las cosas de manera que cada cual enterrase sus muertos y aguantase a sus carcamales?... No nos engañemos: vivir en las afueras del «ultra-desarrollo» se está convirtiendo en una forma amarga de vivir... Ya sé que existe una alternativa. Pero ¿a ver quién es el guapo que le pone el cascabel al gato!

Joan FUSTER

unitec

Centro de Estudios Universitario-Técnicos

Reconocido para Preuniversitario Masculino y Femenino

Director: Don Juan Carulla Gratacós

Dirección y Administración: Rambla Cataluña, 8
Ronda Universidad, 20, pral.
Tels. 221-34-19 y 231-15-44

Tels. 231-49-15 y 231-49-39

CURSOS DE CIENCIAS Y LETRAS

- Bachillerato y Reválidas Elemental y Superior
- Preuniversitario Oficial
- Prueba Específica de Universidad
- Selectivos de Ciencias
- Ingeniería Técnica: Todos los cursos y especialidades

GRUPOS DE MAÑANA, TARDE Y NOCHE

¡MIRE!!

8 DIAS EN PALMA 2.300 Pts.
15 DIAS EN PALMA 3.850 Pts.

Incluye transportes y estancia
en hoteles y servicios.
Solicite folleto-color gratis.

VIAJES CONDE
VERGARA, 3 (junto Balmes)
Sucursal: P.º Colón, 18 A.V.G.A.T 15

REPARACION Y TRANSFORMACION

DE COCINAS A GAS Y BUTANO
de todas marcas. CONSTOR. PRESUPUESTO GRATIS. C. Poeta Cabanyes, n.º 17.
Tels. 241-00-93 y 241-00-96

WIEN

3 ULTIMOS DIAS

14-15 y 16

25 a 50 % DESCUENTO
EN BOLSOS DE COCODRILO

Plaza Calvo Sotelo, 3. Valencia, 243

ST. GEORGE'S ENGLISH SCHOOL

P. N. E. U.

Calle Dr Amigant, 15, Sarriá, Barcelona-17. Teléf. 203-88-26
Tiene el gusto de comunicar que se darán clases de inglés los martes y jueves, a partir de las 5.30, para edades comprendidas entre 8 y 18 años